

dos; 729 de tropa muertos y heridos y 46 dispersos; cuyo total de 831 hombres era casi la quinta parte de su fuerza en acción. Ningún otro hecho de armas había producido al enemigo pérdidas semejantes.

Cuando el combate había terminado, se avistó una tropa mexicana de reserva, que retrocedió luego.

Del 9 al 11, el general Scott mandó que se establecieran baterías contra Chapultepec, las que rompieron sus fuegos el 12.

El castillo de Chapultepec, que de castillo no tiene más que el nombre, es un gran edificio construido sobre el cerro que se encuentra en el centro del bosque de que toma su denominación, cuyo bosque, de grandes ahuehuetes, está circundado por tapia de piedra. Aspillerada la tapia, con trincheras en las entradas y con baterías en lo alto, el pequeño cerro de Chapultepec contaba para su defensa con 832 hombres, mandados por el general D. Nicolás Bravo. Los cañones que existían allí eran siete.

El general Alvarez, por orden superior, con la columna de caballería había entrado en la ciudad de México.

Pero volvamos á Chapultepec. Los generales Pillow y Quitman, con una fuerte columna cada uno, quedaron preparados para el asalto desde por la mañana, sirviéndoles el general Worth de reserva en Tacubaya. Todo el día 12 jugó la artillería sobre la posición mexicana, que contestaba con sus pocos cañones á los numerosos del enemigo.

En la noche del día 12, Santa Anna, con tropas, se acercó al bosque, y se puso al habla con el general Bravo, ofreciéndole que oportunamente recibiría auxilios. Al amanecer del 13, los defensores de Chapultepec no vieron en su derredor más que tropas enemigas, y ni un solo batallón que pudiera venir á reforzarlos. La artillería prosiguió su terrible duelo, y rotas las tapias que circundaban el bosque, en diversas partes, y destrozado el edificio principal por los proyectiles del cañón, se previno á las columnas asaltantes que á cierta señal se lanzaran al objetivo, lo cual verificaron próximamente á las ocho de la mañana. En esos momentos apareció en la falda del cerro el batallón de Auxiliares de San Blas, mandado por el valiente teniente coronel Xicotencalt, que de México llegaba, y cuyo jefe, batiéndose, pereció allí con la mitad de su fuerza.

El lado occidental del cerro presentaba más facilidades para el acceso, y por allí lo verificó la columna de Pillow, en tanto que la otra lo verificaba por el Sudoeste. El general Pillow recibió una grave herida, pero no por eso cesó el avance de sus fuerzas. Al fin llegaron los asaltantes á los parapetos que rodeaban lo que se llama castillo de Chapultepec; y las bayonetas y los fusiles, según la gráfica expresión de los generales americanos, se cruzaron con furia sobre ellos. El número agobió á los que tras los parapetos se hallaban, una vez salvados éstos; y entonces, por aspilleras, ventanas y balcones, salió el fuego del interior del edificio.

Á todos los combates parciales habían concurrido los jóvenes alumnos del Colegio Militar, que se distinguieron por su entusiasmo; y asistían á la postrimer defensa, que ya sin esperanza de triunfar se hacía.

Las tropas de Pillow, las de Quitman, y un refuerzo de voluntarios que mandó avanzar el general Worth, se unieron en un supremo esfuerzo y se hicieron dueños del castillo de Chapultepec, sobre el cual los regimientos americanos plantaron sus banderas. Quinientos cincuenta prisioneros mexicanos quedaron en su poder, entre los cuales estaban el general jefe del punto y 10 coroneles. En cuanto á los alumnos del Colegio, habían muerto seis, siendo heridos cuatro; y estos últimos y 37 más se contaban entre los aprisionados. Muchos de esos adolescentes, que no jóvenes todavía, aceptaron heroicamente el sacrificio por la patria.

Santa Anna, con batallones de reserva, se avistó en las inmediaciones del bosque, cuando el castillo era tomado, y se retiró. Después, los americanos se apoderan de las garitas de Belem y San Cosme, y amagan la Ciudadela. Llega la noche, y las fuerzas de la guarnición de México se retiran ocultamente á la villa de Guadalupe, sin que el enemigo lo hubiera advertido, evacuando así la capital. El Ayuntamiento, con objeto de que se dictaran medidas de orden, dió aviso al cuartel general americano de la desocupación de la plaza, en la madrugada del día 14.

Á Quitman fué á quien primero tocó avanzar al centro de la ciudad, y establecer el pabellón de las estrellas sobre nuestro Palacio Nacional.

Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, y Quitman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podían parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oírse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles.

¡Qué triste situación la de nuestra capital, abandonada por sus vencidos defensores, presa del espanto producido por el motín, abatida, humillada, mancillada por las tropas invasoras!

El Ayuntamiento nombró comisiones que exhortasen á los grupos populares á que se pusieran en paz, para evitar más desgracias á la ciudad; y éstos comenzaron á aplacarse el día 15, á la mitad del cual había concluido aquella revuelta, que dejó tendidos algunos centenares más de cadáveres sobre nuestra triste capital, y muchos más charcos de sangre, que elocuentemente decían, sin hablar, que no faltaba patriotismo en el pueblo mexicano.

El ejército americano, que salió de Puebla con 12.000 soldados, había perdido en los combates que libró en el Valle de México, entre muertos y heridos, 2.700 hombres, según su jefe lo expuso en su parte correspondiente, diciendo que el ejército mexicano debió haber tenido entre muertos y heridos también,



Rurales de la época actual



7.000; que se le hicieron 3.700 prisioneros, con 13 generales, y que se le quitaron 20 banderas, 65 cañones de plaza y 57 de campaña.

El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña. En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invasor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el general Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado allí á sus hogares unos 2.000 hombres de guardia nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el general D. José Joaquín de Herrera al frente de una división de infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5.000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo deserciones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2.000 caballos, á los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas á la citada Puebla, donde sólo existían 1.000 americanos; hostilizó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el mando de la fuerza que aun le restaba, á reserva de que después respondiera á cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto á buscar abrigo á alguna población de Oaxaca.

Peña y Peña, apoyado por el general Herrera, estableció el Gobierno en Querétaro, en el primer tercio del mes de Octubre.

Conservando Herrera el mando general, al entrar el mes de Noviembre se acordó que Filisola se pusiera al frente de las tropas existentes en Querétaro, que habían quedado reducidas á 2.900 hombres; don Juan Alvarez fué nombrado jefe de las del Sur, que llegaban á 1.200, y el general Bustamante de las de Occidente, que repartidas en fracciones de 800 hasta 50 soldados, sumaban 3.900 plazas. Por lo que toca á la división que Santa Anna había entregado al general D. Isidro Reyes, subsistía en el Estado de Puebla, luchando con columnas expedicionarias del enemigo.

Más tropas americanas desembarcaron en Veracruz y se dirigieron al interior en número de 5.300 hombres, llegando á México en la primera quincena de Diciembre. Así es que, desde las costas de Veracruz hasta la capital, el invasor tenía un efectivo de 24.000 soldados, y 18.000 más se hallaban en Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo México, Chihuahua, California y costa del Pacífico.

Algunas refriegas habían tenido efecto en Tamaulipas, Sonora y Sinaloa.

El gobierno mexicano, en Querétaro, recibió recados por conducto del encargado de la legación de la Gran Bretaña, de parte de Trist, con el fin de que se reanudasen las interrumpidas negociaciones de paz. Éste, de una manera franca y en obvio de pérdida de tiempo, precisó la cuestión, diciendo que no sería posible avenimiento alguno si no cedía México el territorio tamaulipeco, del Bravo al Nueces, Texas, Nuevo México y la Alta California; por cuyo territorio, excepción hecha del de Texas, ya unido á la República del Norte, se daría una cantidad, no cobrándose, además, los cuantiosos gastos de la guerra.

Nuestros comisionados defendieron el punto y al fin se convino en lo expuesto, estipulándose que por la obligada cesión, se pagarían al gobierno mexicano quince millones de pesos. El tratado se firmó en la villa de Guadalupe el día 2 de Febrero de 1848, y por eso se le ha dado el nombre de aquella población. Quedó ratificado el 30 de Mayo.

Entretanto habíanse efectuado elecciones, y resultó designado para Presidente de la República el general D. José Joaquín de Herrera, que encomendó el ministerio de la Guerra al general Arista.

El día 20 de Julio se embarcaron en Veracruz las últimas tropas invasoras que habían penetrado hasta el Valle de México.



Soldados de la época actual

**Fin de la Federación.—Dictadura.—Revolución de Ayutla.**—No bien se desocuparon nuestras plazas de aquellas tropas, cuando la guerra civil volvía: Paredes y otros se levantaron, expresando que no aprobaban el tratado concluido con los Estados Unidos. En Yucatán se encendió una guerra de castas que ya había asomado, y más tarde, indios de la sierra de Querétaro peleaban por el reparto de terrenos. No faltó entonces algún movimiento en favor de Santa Anna, que encabezó D. Leonardo Márquez. Se venció á los rebeldes, y se les trató con lenidad.

Aun no finalizaba el año de 1848, cuando el ejército se manifestaba descontento, en virtud de los nuevos proyectos de su organización hechos por el ministro Arista, quien trataba de reducirlo, sujetando sus gastos á la más severa economía.

En 1850 fué electo Presidente de la República el citado general D. Mariano Arista, y el 8 de Enero de 1851 se hizo la declaración respectiva por el Congreso. Este general había pertenecido al ejército realista, en los comienzos de su carrera; después sirvió al centralismo; pero desde que no quiso seguir á